

La pluma bien asida a la diestra, empapada en sangre violeta o azul, es puente de oro, que une su intelecto al leyente. La idea se derrama envuelta en claridad, sin quitarle a lo creado la más leve intención... Sintiendo en el pulso el calor, la fiebre de su numen, las manos moldean el barro de las palabras... acariciándolas, transformándolas luego en vida latente. Quizá, ante el teclado, el artista no reconozca al tropel de sus vocablos íntimos; acaso las imágenes hu-

yan temerosas oyendo el zumbido de acero de la intrusa...

Las crónicas así pergeñadas con caligrafía amorosa—esmalte negro sobre campo blanco—llegan al público colombiano que se regala el espíritu escuchando a esta alma «en perpetuo estado de asombro». El gráfalo se detendría a meditar ante su escritura delicada y rítmica. Letra gallarda, romántica, que está de acorde con su estilo: diáfano como el mirar de un niño.

Carlos Deambrosio - Martín

(Envío del autor)

Paris, 1930.

Estampas

A propósito de ciertos brujuleos mercenarios

(Envío del autor.)

Es cierto que con la brújula se consiguen rumbos. Mas este instrumento indistintamente los da al pirata y al explorador. Con facilidad ese arte adivinatorio es el ejercicio de una entraña oscura. Cuando determinados intereses quieren tener a un país por desahuciado acuden a la brújula para descubrir los orígenes de un trastorno económico cualquiera en la actitud digna y previsoras de las conciencias libres. Estos intereses encuentran detestable la existencia de seres inconformes con que den trato de colonia a la patria en que ellos sacan copiosísimo rendimiento. Y usan las múltiples formas de su poder para organizar con voces a salario crecido el desprestigio de esas conciencias.

Y se aprovechan de ocasiones propicias a despertar la credulidad que los siga y castigue la inconciencia de los irreverentes que hirieron los factores constituyentes de la «balanza económica» del país. Hacen un juego inicuo, propio nada mas que para deslumbrar al analfabetismo sin sentido.

Nuestro país esta experimentando un espectáculo parecido en el desprestigio que contra ciertas leyes levantan los intereses que ellas tienen heridos, es decir, contenidos en su explotación voraz y rapaz. Lo que todos vemos con desconcielo es que el país no tenga formada una conciencia pública que pueda enfrentarse a esa ruin obra de desprestigio. Cuando el ciclo de crisis que se señorea entre nosotros no es sino la prolongación fatal de la dureza que pasa por el mundo entero, las voces movidas a voluntad de los enemigos de esas leyes proclaman que es un fenómeno circunscrito a nuestro territorio. Y lo hacen para asaltar la estabilidad de esas leyes, para pedir que se las descuaje y arrime al despenadero en donde reciben sepultura los deshechos. Esperan la aprobación del analfabetismo, seguros de que ha de llegarles.

Y es natural que les llegue, porque, ¿qué hay del otro lado, del lado donde forman los que vigilan la libertad del país? Desorganización, inconciencia de lo que significa empeñarse en la defensa de los intereses de una patria, falta de

independencia económica, abulia. De esta confusión saca sus armas el capital irritado y las cala recio contra su agresor.

Y lo que sobre todo hay del lado de aquellos que en determinado momento histórico impusieron la barrera a la explotación y dominación, es el espejismo cruel de que el país sigue siempre con ellos. Si en realidad el país tuviera su conciencia pública formada no habría permitido la repetición de ese martilleo contra la firmeza de la ley que regula justiciera y previsoramente la cuestión bananera. Sin temor de lanzar una calumnia o hacer una simple frase, puede cualquiera asegurar que toda voz oída en desprestigio de dicha ley es fomentada por la Bananera. El juego es claro y sin embargo el país lo tolera. Se dijo para llenar de oprobio la conducta de los que abogaban por la referida ley que la Bananera no la aceptaría, dejando el país inmediatamente.

Sin embargo, ha hecho esa Compañía siniestra el simulacro nada mas de marcharse. Mentira que se irá nunca, porque la estaca en suelo nuestro la ha profundizado hasta un subsuelo en donde, para mal nuestro, se bifurca al infinito. Una presa de tan fácil asimiento, sumisa y rodeada de tanto criollo que la apacigua, no puede ser despreciada por un capricho momentaneo.

Si hemos de pensar que las noticias de los diarios están animadas de seriedad, llegamos por ellas a tener la certeza de que el país esta siendo reducido, en sus zonas todavía vírgenes, a propiedad de los agentes de la Bananera. De modo que el fantasma de la ruina de la industria del banano, tan pregonado en esta farándula de la crisis económica, no es sino un ardid. Esa industria no ha sufrido, como aseguran los agentes de la Bananera, golpe alguno que la tenga en estado agónico. Lo que en verdad ocurre es que la Compañía tiene agotadas las tierras extensas del Atlántico y busca las que puedan ofrecerle rendimientos por otro cuarto de siglo. La lucha que por medio de sus agentes criollos y extranjeros tiene empeñada la Bananera contra la ley que la limita en sus rapacidades, tiene como

único fin la explotación libre de nuevas zonas. Las ya reducidas a la esterilidad son sólo pretexto para obtener las otras. Si no careciéramos de una conciencia pública vigilante, estaríamos siguiéndole los pasos a los agentes remunerados que hoy pregonan un estudio de la ley bananera con el respectivo proyecto que la tumbe, y mañana titulan con la alcahuetería de las gracias municipales, de los títulos supletorios o de los denuncios, centenares de miles de hectáreas de suelo floreciente. Pero el país está adormilado. No quiere ver el despojo que están haciendo de sus reservas, de las reservas que no pertenecen precisamente a estas generaciones, sino a las de lo por venir. Se le grita que la industria del banano se encuentra en estado pre-agónico y que el fúnebre suceso acabará con la república, y se escuchan murmullos de aprobación.

Mas, ¿quién con un espíritu honrado ha intentado el estudio serio del problema bananero posterior a la ley que inspirada en una defensa austera y digna de la patria, quiso someter a principios más equitativos la explotación de nuestro suelo? No es con la brújula en la mano con lo que van a señalar rumbos. De antemano se sabe que ese instrumento no indicará sino los caminos que la Bananera quiera. La tarea del costarricense vigilante debe ser desechar esa propaganda nociva. El país está aún lleno de posibilidades de crecimiento, pero si las desconocemos y creídos en lo que pregonan los asalariados de la Compañía, las entregamos, la esclavitud es la humillación lo que nos aguarda. Revisen los preocupados lo que los agoreros de hoy condenaron hace un cuarto de siglo cuando la Bananera hacia exactamente el mismo juego de ahora. Se auguraba ruina, miseria, sumisión del país en la tiniebla más espesa. Y entonces los que visten en estos momentos el traje de agoreros fueron viriles y anatematizaron los ardides.

¿Por qué no dirán al país que el poder de la Compañía que le explota sus regiones sin control del Estado es enorme y absorbente? Los principios de ese capital norteamericano emigrado se inspiran en el dominio a perpetuidad de los suelos que llegan a poseer. De allí la precipitación sistemática con que reducen a su propiedad regiones enteras de un país. No vienen a ensayar cultivos ni a dispersar civilización. Saben que poseyendo la tierra controlan el mando. La posesión de la tierra es primordial para ese capital. Aquí, por ejemplo, no quieren las gentes darse cuenta de que la Bananera es dueña de lo mejor del país. ¿Quién dirige la mirada a la región del Sur de la República para preguntarse qué es de nuestros bosques? Y sin embargo, esos bosques ya no son nuestros. Hemos dejado que se adueñen de ellos los agentes de la Bananera, y la Bananera misma. Consulten las inscripciones del Registro de la Propiedad y encuentren la atrocidad de que uno solo de estos agentes tiene a estas horas tituladas a perpetuidad 53.675 hectáreas de bosques. ¿Cuántas